

juma, que es el viérnes, se iba al jardín de su padre, y que ántes que se fuese, nos daría mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daría quanto le pidiésemos, que su padre tenía tanto que no lo echaría ménos, quanto mas, que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer baxel que viniere de Valencia pagaría mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey, que había muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo había callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves ántes del viérnes que la hermosa Zorayda se había de ir al jardín nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatare supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras, que

así lo haría y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Mártien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado. Hecho esto, diéron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues había dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo, que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

## CAPÍTULO XLI.

*Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.*

No se pasaron quince días, quando ya nuestro renegado tenía comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje

á un Lugar que se llamaba <sup>57</sup> Sargel, que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el qual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viage en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berberia á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéxares*: y en el reyno de Fez llaman á los mudéxares, *elches*, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á cómo por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de véras, y así se iba al jardin de Zorayda y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dixo, y decille, que él era el que por orden mia la habia de llevar á tierra de christianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dexan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido, ó su padre se lo manden: de christianos cau-

tivos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen desco que nuestro renegado tenia, el qual viendo quan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo quando y cómo y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos christianos que bogasen el remo, me dixo que mirase yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte baxeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, sino fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á

los quales no les dixè otra cosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen lá vuelta del jardín de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesèn otros christianos, no les dixesen, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hechá esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era lá de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuvièse apercebida y sobrè aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de christianos podia volver, y así determiné de ir al jardín, y ver si podia hablarla, y con ocasion de oger algunas yerbas, un día antes de mi partida fui allá, y la primera persona con quien encontre, fué con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berberia y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos: digo pues, que en esta manera de language me preguntó que qué

buscaba en aquel su jardín, y de quien era. Respondíle, que era esclavo de Arnauते Mamí, y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate, ó no, y que quanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zorayda, la qual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los christianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego quando su padre vió que venia y de espalicio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas á su usanza traia; traia dos carcaxes (que así se llaman las manillas, ó axorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes en

gastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras, es adornarse de ricas perlas y aljófar: y así hay mas perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimesmo mas de doscientos mil escudos españoles, de todo lo qual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar, qual debía de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse, ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten, ó baxen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto: y con esto viendo las obligaciones

en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mami, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezola de lenguas que tengo dicho, me preguntó: si era caballero, y que era la causa que no me rescataba? Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos <sup>58</sup> zoltamis: á lo qual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros christianos, siempre mentis en quanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con quantas personas hay en el mundo. ¿Y quando te vas? dixo Zorayda. Mañana creo yo, dixé, porque está aquí un baxel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan baxeles de España, y irte con ellos, que no con los

de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un baxel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dexará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dixo Zorayda. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecolla y decirte la verdad, se parece á ti mucho. Desto se rió muy de verás su padre, y dixo: guala, christiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reyno: si no mírala bien, y verás como te digo verdad. Servianos de intérprete á las mas destas palabras, y razones el padre de Zorayda como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas ra-

zones, llegó un moro corriendo, y dixo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado quatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dixo su padre á Zorayda: hija, retirate á la casa y enciértrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú christiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dexándome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, quando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dixo: ¿amexi, christiano, ¿amexi? que quiere decir: ¿vaste, christiano, vaste? Yo la respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin ti: el primero<sup>60</sup> juma me aguarda, y no te sobresaltes quando nos

veas, que sin duda alguna irémos á tierra de christianos. Yo le dixé esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrámbos pasámos, y echándose un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que que tenía; pero como ella no le respondiese, dixo su padre: sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada destes canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrojé á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enxutos los ojos de lágrimas,

volvió á decir: *amexí*, christiano, *amexí*: vete christiano, vete. A lo que su padre respondió: no importa, hija, que el christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volviéron por donde entráron. Ellos, señor, la sobresaltáron como has dicho, dixé yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada, que en él. Todas las que quisieres, podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú, ni ninguno de los christianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dixo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrámbos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se

podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, el renegado al anohecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los christianos que habian de bogar al remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el baxel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los

demas escondidos que nos viéron se viniéron llegando á nosotros. Esto ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los moros tagarinos, que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Diximosle en lo que reparábamos, y él dixo, que lo que mas importaba era rendir primero el baxel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zorayda. Parecíamos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al baxel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfange, y dixo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los christianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su Arráez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las

armas , que pocas , ó casi ningunas teman , se dexáron , sin hablar alguna palabra , maniatar de los christianos , los quales con mucha presteza lo hicieron , amenazando á los moros , que si alzaban por alguna via , ó manera la voz , que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto , quedándose en guarda dellos la mitad de los nuestros , los que quedábamos , haciéndonos asimismo el renegado la guia , fuimos al jardin de Agimorato , y quiso la buena suerte , que llegando á abrir la puerta , se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera , y así con gran quietud y silencio , llegámos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellissima Zorayda aguardándonos á una ventana , y así como sintió gente , preguntó con voz baxa , si éramos *nizarani* , como si dixera , ó preguntara , si éramos christianos. Yo le respondí que si , y que baxase. Quando ella me conoció no se detuvo un punto , porque sin responderme palabra baxo en un instante , abrió la puerta , y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida , que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi , le tomé una mano , y la comencé á besar , y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas , y los demas que el

caso no sabian , hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos , que no parecia sino que le dábamos las gracias , y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dixo en lengua morisca ¿ si estaba su padre en el jardin ? Ella respondió que si , y que dormia. Pues será menester despertalle , replicó el renegado , y llevárnosle con nosotros , y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No , dixo ella : á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo , y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo , que es tanto , que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos , y esperaos un poco y lo vereis : y diciendo esto se volvió á entrar , diciendo que muy presto volveria , que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado , el qual me lo contó , á quien yo dixé , que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese : la qual ya volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro , tantos que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte , que su padre despertase en el ínterin , y sintiese el ruido que andaba en el jardin , y asomándose á la ventana , luego



conoció que todos los que en él estaban eran christianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: christianos, christianos, ladrones, ladrones, por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandisima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandisima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desayparar á la Zorayda, que como desmayada se habia dexado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron, se diéron tan buena maña, que en un momento baxaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dexaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Quando su hija le vio, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedo espantado, ignorando quan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal

suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, quando ya estábamos todos en la barca, en la qual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternisimamente, y mas quando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zorayda ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dixo al renegado, que me dixese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaría en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dixo, y yo respondí, que era muy contento, pero el respondió, que no convenia, á causa que si allí los dexaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con

algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podría hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de christianos. En este parecer venimos todos, y Zorayda, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzámos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de christianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuémos forzoso dexarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del Lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta <sup>61</sup> millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andan en

corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos baxel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, quando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuímos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á quarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dixéron que no era aquel tiempo de tomar réposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dexar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegámos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor

alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: qualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó christianos, mas el darne libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela, el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mía, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la qual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañamos en él. Pero quan-

do su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: ¿que es esto hija, que ayer al anochechar, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirme, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, quando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspensado y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero quando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia él bien que le habia dexado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que como aquel cofre habia venido á nuestras manos, y que era lo que venia dentro. Á lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: no te canses, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quie-

ro que sepas, que ella es christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice hija? dixo el moro. Así es, respondió Zorayda. ¿Que en efeto, replicó el viejo, tú eres christiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondió Zorayda: la que es christiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dexarte, ni á hacerte mal sino á hacerme á mí bien. ¿Y que bien es el que te has hecho hija? Eso, respondió ella, preguntáselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que <sup>62</sup> no yo. Apenas hubo oido esto el moro, quando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda, que le sacasen, y así acudimos luego todos: y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de

que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abaxo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir, *la mala muger christiana*, y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *muger mala*, y *rumia*, *christiana*: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, quando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexámos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogámos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese,

para que felicemente <sup>63</sup> diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse orden á supplicacion de Zorayda, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Promerímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era des poblado. No fuéron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del Cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatámos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dixo: ¿porque pensais, christianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos, ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que

la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zorayda, teniéndole yo y otro christiano de entrámbos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dixo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha ¿adonde vas ciega y desatinada en poder destes perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo, que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde allí á veces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá, que nos destruyese, confundiese, y acabase: y quando por habérsenos hecho á la vela no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexara la vida, si tú le dexas. Todo lo qual

escuchaba Zorayda, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle, ni respondelle palabra, sino: plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos christianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos: y así consolando yo á Zorayda, atendimos todos á nuestro viage, el qual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces, ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado, ó seguido de algun mal que le turbe, ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con

la vela tendida de alto abaxo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del baxel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dixo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el baxel quedaba á sotavento, de improviso soltáron dos piezas de artilleria, y á lo que parecia, ámbas venian con cadenas, porque con una cortáron nuestro árbol por medio, y diéron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro

mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amaynaron entónces, y echando el esquiife, ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos éramos, y como el baxel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no responderles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomo el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los franceses, los quales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo quanto teniamos, y á Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me le daba el temor que tenia, de que habian de pasar del quitar de las riquisimas y preciosisimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas esti-

maba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la qual entónces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubiertos su hurto; mas el Capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dixo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino <sup>64</sup> pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela de donde habia salido, y así tomaron por acuerdo habia salido, y así tomaron por acuerdo darnos el esquiife de su navio, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la qual vista <sup>65</sup> todas nuestras pesadumbres y pobrezaas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia po-

dria ser, quando nos echáron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el Capitan movido no sé de que misericordia, al embarcarse la hermosísima Zorayda, le dió hasta quarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entrámos en el baxel, dímóles las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debía tener, que por allí anduviesen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anochecen en Ber-

bería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó, fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco ántes de la media noche sería, quando llegámos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra y besámos el suelo, y con lágrimas de muy <sup>66</sup> alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacámos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer, que era tierra de christianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabámos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubría, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas



tendimos la vista, ni poblado ni persona ni senda ni camino descubrimos. Con todo esto determinámos de entrarnos la tierra adentro, pues no podría ser ménos, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mi mas me fatigaba, era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, quando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado: y mirando todos con atencion, si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fuéron el renegado y Zorayda, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metián-

dose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedámos todos confusos, y no sabiamos que hacernos, pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la Caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordámos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un guilequelco <sup>67</sup>, ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre quando habia de dar sobre nosotros la Caballería de la costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, quando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos, pero como ellos llegaron y viéron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre christiano, quedáron confusos, y uno dellos

nos preguntó, si éramos nosotros acaso la ocasion porque un pastor habia apellidado <sup>68</sup> al arma. Si, dixé yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quien éramos, uno de los christianos que con nosotros venian, conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quirado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apenas hubo dicho esto el christiano cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabiamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendí, que habeis tenido milagro-

sa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos christianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volviéron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dexado; otros nos subieron á las ancas, y Zorayda fué en las del caballo del tio del christiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábase de la hermosura de Zorayda, la qual en áquel instante y sazón estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de christianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo mépos que yo la hubiese visto. Fuimos

derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida , y así como en ella entró Zorayda , dixo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Diximosle que eran imágenes suyas , y como mejor se pudo , le dió el renegado á entender lo que significaban , para que ella las adorase , como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien , que la habia hablado. Ella , que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro , entendió luego quanto acerca de las imágenes se le dixo. Desde allí nos lleváron y repartiéron á todos en diferentes casas del pueblo ; pero al renegado , Zorayda y á mí , nos llevó el christiano que vino con nosotros , en casa de sus padres que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna , y nos regaláron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez , al cabo de los quales el renegado , hecha su informacion de quanto le convenia , se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia : los demas christianos libertados se fuéron cada uno donde mejor le pareció : solos quedámos Zorayda

y yo , con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zorayda , de los quales compré este animal en que ella viene , y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero , y no de esposo , vamos con intencion de ver , si mi padre es vivo , ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia , puesto que , por haberme hecho el Cielo compañero de Zorayda , me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir , por buena que fuera , que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo , y el deseo que muestra tener de verse ya christiana , es tanto y tal que me admira , y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida , puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia , me le turba y deshace , no saber , si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogella , y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos , que apenas halle quien me conozca , si ellos faltan. No tengo mas , señores , que deciros de mi historia , la qual , si es agradable y peregrina , júzguenlo vuestros buenos entendi-

mientos , que de mí sé decir ; que quisiera habérsola contado mas brevemente , puesto que el temor de enfadaros , mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

## CAPÍTULO XLII.

*Que trata de lo que mas sucedió en la venta , y de otras muchas cosas dignas de saberse.*

Calló en diciendo esto el Cautivo , á quien Don Fernando dixo : por cierto , señor Capitan , el modo con que habeis contado este extraño suceso , ha sido tal , que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso : todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye , y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle ; que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento , holgáramos que de nuevo se comenzara : y en diciendo esto , Don Antonio <sup>69</sup> y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle , con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas , que el Capitan se tuvo por bien satisfecho

de sus voluntades : especialmente le ofreció Don Fernando , que si queria volverse con él , que él haria que el Marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda , y que él por su parte le acomodaria de manera , que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo ; pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche , y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidiéron posada , á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea , dixo uno de los de á caballo que habian entrado , no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene. Á este nombre se turbó la huéspedea , y dixo : señor , lo que en ello hay , es que no tengo camas , si es que Su Merced del señor Oidor la trae , que sí debe de traer , entre en buen hora , que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento , por acomodar á Su Merced. Sea en buen hora , dixo el escudero ; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre , que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia , porque la ropa

lengua con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser Oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zorayda que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quixote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dixo: seguramente puede Vuestra Merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la ferrosura, como la traen las letras de Vuestra Merced en esta hermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abaxarse las montañas para dalle acogida. Entre Vuestra Merced digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que Vuestra Merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la

hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo, quando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea, y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla; pero Don Fernando, Cardenio y el Cura, le hiciéron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor Oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta diéron la bienvenida á la hermosa doncella. En resolución, bien echó de ver el Oidor, que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quixote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos cortesanos ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda: y así fué contento el Oidor que su hija, que

era la doncella , se fuese con aquellas señoras , lo que ella hizo de muy buena gana : y con parte de la estrecha cama del ventero , y con la mitad de la que el Oidor traia , se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El Cautivo , que desde el punto que vio al Oidor , le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano , preguntó á uno de los criados que con el venian , como se llamaba , y si sabia de que tierra era. El criado le respondió , que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma , y que habia oido decir , que era de un Lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto , se acabó de confirmar de que aquel era su hermano , que habia seguido las letras por consejo de su padre : y alborotado y contento , llamando á parte á Don Fernando , á Cardenio y al Cura les contó lo que pasaba , certificándoles que aquel Oidor era su hermano. Háblele dicho tambien el criado , como iba proveido por Oidor á las Indias en la Audiencia de México : supo tambien , como aquella doncella era su hija , de cuyo parto habia muerto su madre , y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pi-

dióles consejo , qué modo tendria para descubrirse , ó para conocer primero , si despues de descubierto , su hermano por verle pobre se afrentaba , ó le recibia. 7º con buenas entrañas. Déxese á mí el hacer esa experiencia , dixo el Cura , quanto mas que no hay pensar sino que vos , señor Capitan , seréis muy bien recebido , porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano , no da indicios de ser arrogante ni desconocido , ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso , dixo el Capitan , yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo , respondió el Cura , que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena , y todos se sentaron á la mesa , eceto el Cautivo y las señoras , que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dixo el Cura : del mesmo nombre de Vuestra Merced , señor Oidor , tuve yo una camarada en Constantinopla , donde estuve cautivo algunos años , la qual camarada , era uno de los valientes soldados y Capitanes que habia en toda la Infanteria española ; pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso , tenia de desdichado. ; Y

como se llamaba ese Capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un Lugar de las Montañas de Leon, el qual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dixo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser Capitan de Infanteria, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maestro de Campo; pero fué la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicisima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos, nos hallámos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que

en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. A todo lo qual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan Oidor como entónces. Solo llegó el Cura al punto de quando los franceses despojaron á los christianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora habian quedado: de los quales no habia sabido en que habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádoslos los franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el qual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándose los ojos de agua, dixo: ¡ó señor, si supiédes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese Capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y dig-

no exercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, según os dixo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural: y yo ansimesmo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida á los de su hijo: del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aflicciones, ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo agora me temo es de pensar, si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muer-

to por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quien supiera agora donde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los míos! ¡O quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡O Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasión con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oían, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenían de su lástima. Viendo pues el Cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se viniéron Luscinda, Dorotea y la hija  
v ij



del Oidor. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimesmo de la otra mano, con entrámbos á dos se fué donde el Oidor y los demas caballeros estaban, y dixo: cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmesse vuestro desco de todo el bien que acertare á desearse, pues tenéis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: éste que aquí veis es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dixé, los pusiéron en la estrechez que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el Capitan á abrazar á su hermano, y él le puso <sup>71</sup> ámbas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubiéron de acompañar en ellas. Las palabras que entrámbos hermanos se dixéron, los sentimientos que mostráron, apénas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse. Allí en breves razones se diéron cuenta de sus sucesos, allí mostráron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí

abrazó el Oidor á Zorayda, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la Christiana hermosa y la Mora hermosísima renováron las lágrimas de todos. Allí Don Quixote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertáron, que el Capitan y Zorayda se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oidor posible dexar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas, que de allí á un mes partía flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedáron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordáron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le co-

nocian , y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote , de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento , y solo él se acomodó mejor que todos , echándose sobre los aparejos de su jumento , que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia , y los demas acomodándose como ménos mal pudiéron , Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues , que faltando poco para venir el alba , llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena , que les obligó á que todas le prestasen atento oído , especialmente Dorotea que despierta estaba , á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma , que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar , quien era la persona que tan bien cantaba , y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio , otras que en la caballeriza : y estando en esta confusión muy atentas , llegó á la puerta del aposento Cardenio , y dixo : quien no duerme , escuche , que oirán una voz de un mozo de mulas , que

de tal manera canta , que encanta. Ya lo oímos , señor , respondió Dorotea : y con esto se fué Cardenio , y Dorotea poniendo toda la atencion posible , entendió que lo que se cantaba era esto.

## CAPÍTULO XLIII.

*Donde se cuenta la agradable historia del Mozo de mulas , con otros extraños acacimientos en la venta sucedidos.*

*Marinero soy de amor,  
y en su piélago profundo  
navego sin esperanza  
de llegar á puerto alguno.  
Siguiendo voy á una estrella,  
que desde léjos descubro,  
mas bella y resplandeciente,  
que quantas vió Palinuro.  
Yo no sé adonde me guía,  
y así navego confuso,  
el alma á mirarla atenta,  
cuidadosa y con descuido.  
Recatos impertinentes,  
honestidad contra el uso  
son nubes que me la encubren,  
quando mas verla procuro.*